



# Milenio Carvalho

II. En las antípodas

Manuel Vázquez Montalbán

Carvalho y Biscuter, cual don Quijote y Sancho, cual Phileas Fogg y Picatoste, han dejado atrás el avispero afgano y, en su huida, han llegado a Bangkok, lugar mítico del pasado del detective, pero ni siquiera en Bali van a hallar descanso; etapa a etapa, se han ganado demasiados enemigos... Y a partir de su escala en Australia van a contar con un sorprendente compañero de viaje, un etarra excarcelado en cuyo velero deben atravesar el océano, rumbo a Suramérica. Pero mientras Biscuter se crece ante la adversidad y tienta a Carvalho con una gran sorpresa para el final del viaje, a éste le puede la melancolía: el mundo se ha vuelto un lugar detestable, y encima su ayudante ha empezado a actuar por su cuenta.

Ya en 1982 había vuelto al mismo hotel de su primer viaje a Bangkok y allí estaba el Dusit Thani, treinta años más viejo que en el momento de descubrirle sus habitaciones correctas, su piscina construida, diríase que a contrasol, oscurecida por edificaciones más altas, y también su excelente bufete de desayuno y tres restaurantes dedicados a la cocina internacional, tailandesa y japonesa, notable el japonés. Probablemente no era el portero el mismo que veinte o treinta años atrás, pero seguía vestido de Peter Pan asiático, peripatético y observador del Bangkok mítico de la mala vida, iniciado casi a las puertas del hotel, más allá de la Silom Road y los callejones sucesivos del en otro tiempo pecaminoso barrio Patpong, sombra de sí mismo, superado por el sexo sin fronteras desparramado ya por casi todos los barrios de la ciudad. Entre el aeropuerto y el Dusit Thani había tenido tiempo de recuperar el riesgo de ruleta rusa que significaba conducir por Bangkok, dispuestos los coches a chocar entre sí y sólo cediendo el paso un segundo antes de la tragedia. Los triciclos taxis aquí se llamaban *tuk-tuks*, y como siempre, a Carvalho le recordaban a los triciclos, pero sin motor, que en la posguerra española servían de medio de transporte de mercancías a cargo de ciclistas camicaces que todos los días se la jugaban con la hipotensión y el bacilo de Koch. En su memoria no eran vehículos simpáticos, y procuraba evitarlos desde que habían aparecido en la India, a pesar de que entusiasmaban y enternecían a Biscuter porque le parecían casi un juguete y consideraba de justicia alquilarlos para que el conductor se ganara una vida tan perra. Además, eran la modernidad con

respecto al transporte de los *coolies* de antaño, animales de tiro adheridos a sus bicicletas. Biscuter expuso el mínimo de lo que esperaba de Bangkok: la pelota de *ping-pong*, un masaje *body body*, la visita al mercado, la ciudad fluvial que había condicionado la leyenda de Bangkok como la Venecia de Asia, algún templo inevitable, los zafiros y los rubíes, para verlos, sólo para verlos, porque eran las joyas preciosas que más le habían sonado desde la infancia. También las esmeraldas.

—Aquí, zafiros tailandeses y rubíes de Birmania. Si quieres esmeraldas hay que ir a Colombia.

Se fueron a comer al restaurante japonés y por el camino ya encontraron oferentes de todos los tráficos de la ciudad, tal vez más insistentes los de las piedras preciosas. Luego comprobaron que Silom Road atardecía frente a la luz prepotente del hotel. Mal iluminada, la calle camuflaba su comercio y los intermediarios asaltaban con sus ofertas a cuantos extranjeros se atrevían a pasear. Tomaron un taxi y se repitió la secuencia de los dos viajes anteriores, aunque nunca la interpretara el mismo taxista.

—¿De dónde son ustedes?

—De Barcelona, en España.

El taxista de los años setenta había identificado inmediatamente la ciudad: «Barcelona ¡Cruyff! ¡Cruyff! Allí juega Cruyff.».

El de los años ochenta había gritado, entusiasmado: «¡Barcelona, Maradona! ¡Barcelona, Maradona!».

El de ahora había escuchado el nombre de Barcelona sin asociarlo a ningún prodigio.

—Biscuter, acabo de darme cuenta de la crisis fatal que amenaza al F. C. Barcelona. Nadie asocia la ciudad a ningún jugador de fútbol prodigioso. No somos nadie.

El taxista cumplía la orden de propiciar un recorrido iniciático, pero la excesiva noche impedía captar el decorado. «¡Bangkok *la nuit!*» Así empezó el conductor su ofensiva comercial. No, no creía que encontraran en Patpong lo que

buscaban, porque el barrio se había degradado y la oferta de espectáculos más interesantes se había trasladado a otros lugares.

—¿Chicas? ¿Chicos? ¿*Body body*?

—Pelota de *ping-pong* —resumió eficazmente Biscuter.

¿*Ping-pong*? Tardó algo el taxista en comprender lo que le pedían y la risotada que estuvo a punto de frenar el coche demostró que lo había entendido todo. Comenzó entonces un trayecto lleno de merodeos y, ajuicio de Carvalho, ineficaz, un simple intento de engordar el taxímetro, hasta que desembocó en una calleja aparentemente cerrada por una empalizada. Se abrió ésta al conjuro de tres bocinazos y el taxi penetró en un patio que ejercía de *parking* de coches, casi todos japoneses y algunos autocares pequeños. Puertas iluminadas anunciaban diferentes descensos a diferentes infiernos y, tras cobrar una propina suficiente por una carrera excesiva, el hombre les señaló la puerta más amplia.

—*Ping-pong*.

En la entrada había un vigilante demasiado oscuro para la escasez de la luz porque estuvieron a punto de ignorarlo, y más allá de una puerta batiente verde que imitaba la policromía de los templos, se abrió de pronto un salón enorme, atiborrado por cientos de personas, en parte alineadas ante una barra larguísima, servidas por camareras disfrazadas de vestales griegas ligeras de ropa, y en parte formando círculos en torno de las diferentes, breves peanas iluminadas sobre las que muchachas desnudas jugaban al *ping-pong* con la ayuda de los labios de su sexo. Se metían la pelota en la vulva, la succionaban y al rato la pelota rebotaba contra el suelo, y les bastaba el vuelo de una mano pequeña para volver a introducir la pelota en la madriguera y reiniciar el juego. Las expertas en *ping-pong* vaginal bailaban como *gogó girls*, lentas, al compás de una música de *striptease* estándar, y actuaban con la indiferencia de profesionales de un deporte sólo aparentemente sexual, porque pocos es-

pectadores se atrevían a suponer un uso extradeportivo para sus vaginas recogepeletas.

Una mayoría de occidentales, franceses e italianos sobre todo, eran objeto del asalto de proveedores de algo más que el inocente juego del *ping-pong* de aquellas jovencísimas muchachas de piel nacarada, pubis a veces afeitados y ojos de carbón untuoso. Carvalho recordó secuencias de viajes anteriores, la constante del voyeurismo sexual incluido en el precio de Tailandia, como un vertedero a la vez exótico y económico de las fantasías sexuales de los países ricos y correctamente puritanos.

—¿Y lo de los masajes, jefe?

Tenían las manos llenas de folletos propagandísticos de prodigiosas rutas de masajes, y los ojos de Carvalho se detuvieron en el nombre Atami, un centro al que él había acudido en busca de una pista que lo llevara hasta Teresa Marsé y hasta Archit, su desdichado gigoló thai. Finalmente había contratado el masaje *body body* enunciado por los intermediarios con el rostro de la lascivia y la promesa de la felicidad, pero lo había asumido con la coartada de interrogar a la partenaire y así dar con el paradero de la pareja. Subieron Biscuter y Carvalho a un taxi que los dejó en un callejón conectado con la Petchburi Road, casi sin otra luz que la que anunciaba el Atami en grafismo thai. Nada más entrar en el anodino caserón se percibía una división de público entre pasivos mirones, supuestamente guardianes del orden erótico y sexual del edificio, y los clientes de pie frente a una enorme pecera llena de muchachas alineadas, cada cual con un número con el que tapaban y destapaban su sexo, aplicadamente, sin lascivia, un gesto más. Nada más situarse ante la pecera, se les llenaron los oídos de susurros persuasivos sobre maravillas por ver y fueron empujados, más que conducidos, hacia pisos superiores, donde los ramilletes de muchachas numeradas y semidesnudas ya no precisaban del filtro de la pecera. A Biscuter le parecían todas unas adolescentes.

—Quiero una mujer, no una niña.

Carvalho tradujo sus deseos y las cinco o seis alcahuetas que los guiaban parecieron enfadarse.

—¡Niñas, no! ¡Niñas no poder! Mujeres. Mujeres jóvenes. Todo legal.

Finalmente, Biscuter se detuvo ante otra alineación de una docena de muchachas, las examinó con ojos de cosmonauta recién llegado a un planeta improbable y señaló a una de ellas.

—¡La perla de Lamphun! —exclamó un valedor, y Carvalho recordó que las muchachas más solicitadas provenían de Lamphun o de Pasang y eran, como todas, hijas de familias numerosas que marchaban a la capital en busca de un dinero rápido que permitiera elevar el nivel de los suyos.

—¿Y usted?

—¿Y yo?

—De momento me abstengo.

—¿Quieren un número? Ustedes dos y dos chicas o tres o cuatro o cinco, las que quieran, o con chicos, o con chicos y chicas.

Carvalho buscó un banco, se sentó e indicó con un ademán que Biscuter quedaba solo ante su suerte. El ayudante de detective parecía no reparar en la presencia de su jefe, como si hubiera adquirido un destino personal no comunicable, y caminó tras una muchacha envuelta ahora en un albornoz blanco por un pasillo iluminado por luces de neón venidas a menos. La muchacha abrió una puerta y cedió el paso a Biscuter para luego encerrarse ella misma con su cliente y dejar ante Carvalho la impresión de una caja de Pandora dentro de la cual el siempre inesperable Biscuter iba a satisfacer una de las hambres de su vida.

Una hora después, ambos recuperaron la calle sin que ninguno de los dos hubiera dicho nada desde el reencuentro. Era inevitable, pero no tenían ganas de hablar de la reciente experiencia de Biscuter. Carvalho recordó la suya. Nada más entrar en la habitación, y descalza, la muchacha

le había parecido más joven todavía. La estancia seguía iluminada por un neón escasamente lujurioso pero que ayudaba a blanquear las carnes. La habitación, repartida entre el espacio para un colchón de plástico hinchable y una zona húmeda dominada por una amplia bañera, invitaba a la huida inmediata. La muchacha había colocado el colchón junto a la bañera y repetía una pregunta que más parecía una lección: «*Fucking? Fucking?*».

Tenía voz de colegiala constipada, un cuerpo bonito, manos pequeñas con las que se aplicó a un masaje thai en el cuerpo de Carvalho, yacente sobre el colchón hinchable. Luego condujo al hombre hasta la bañera llena ya de agua caliente y allí lo frotó con unas pastillas grandes de un jabón que prometía ser agresivo y en cambio era delicado y perfumado. Enjabonado el hombre hasta la espumación, de los dedos de los pies hasta la cabeza y muy especialmente el pene y sus cercanías, ella hizo lo propio con su cuerpo y, resituado Carvalho en el colchón, la muchacha se puso sobre él y empezó el *body body* o masaje entre dos cuerpos desnudos y enjabonados que a Carvalho más le pareció un spot publicitario de jabón Lux, por ejemplo, que un excitante sexual. Ella notaba la distancia que persistía entre la realidad y el deseo, le cogía el pene entre los dedos, ponía cara de asco y le proponía chupárselo a un precio especial, dado «el asco que le daban los penes», según aseguraba.

Se le rompió el recuerdo cuando por fin la voz de Biscuiter recuperó su presencia:

—¿Y usted nada, jefe?

—No. Pero la vez anterior, sí. No me lo pedía el cuerpo. Tal vez otro día.

—Es curioso, sólo curioso. Pero no hay, ¿cómo le diría yo?, comunicación, aunque la palabra se las trae. Tal vez sea por culpa de la humedad y el jabón, pero no he tenido la sensación de estar follando con una mujer real. Es como si ella hubiera salido de otro mundo, sin salir.



Al día siguiente Carvalho escogió un desayuno policromado de frutas tropicales y huevos fritos, se bañó en la piscina y esperó a que Biscuter se repusiera de los excesos de la noche anterior para proponerle el Bangkok fluvial. Recordaba un restaurante vietnamita que le había aconsejado el policía Charoen veinte años atrás, Annam, tal vez se llamaba, aunque era problemático que sobreviviera a veinte años de la vida de una ciudad como Bangkok, donde lo tradicional se había refugiado ya exclusivamente en la ciudad palafitada marcada por el Gran Canal. Alguien había dejado sobre su tumbona el inevitable *Bangkok Post* y propaganda de un espectáculo atávico, la lucha entre la mangosta y la cobra, vivencia horrorosa en la memoria de Carvalho, porque la cobra acaba siendo torturada por las mordeduras de la mangosta enfurecida, sin que la serpiente reciba la piedad del público, ya que todo el mundo recuerda estadísticas terribles de tailandeses, sobre todo niños, muertos por mordeduras de serpiente. Llegó Biscuter cansado por dentro y por fuera y tardaron en concertar la excursión de los canales que empezaría río arriba, para que Biscuter captara cómo el Mekong, de ser un río convencional campesino, con búfalos en las riberas, arrozales y molinillos de agua, pasa a convertirse en una ciudad acanalada y palafítica donde las mismas aguas limpian los culos y las bocas a pocos metros de distancia.

Poco a poco el río se urbaniza de cabañas de madera alzadas como sobre zancos, casas de habitación única donde a veces veinte miembros de una familia cocinan, comen, fornican y duermen. Todo lo demás lo hacen en las aguas turbias, incluso comprar en los mercados sobre barcas, aguas arriba en el Damnoen Saduak, ya en Bangkok en el Dao Kanong. Del Gran Canal central parte una retícula de canales y canalillos donde la piragua con pequeño motor fueraborda en la popa es el principal medio de comunica-

ción y soporte de mercancías en los mercados flotantes, incluso de fogones de carbón de tamarindo, donde se cocina para los compradores y vendedores navegantes servidos por menudas viejas enlutadas que igual manejan el remo, el atizador, el mangual, que el cazo. Allí donde miraban aparecían las basuras flotantes, los niños enjabonados por sus madres, las ollas recibiendo el agua del río, escrupulosos cuidadores de sus dientes que metían directamente el cepillo en las aguas y a ellas escupían los buchets limpiadores con la ayuda exclusiva de las salivas. Desde el Gran Canal quería recibir la impresión de que no había otra vida posible que la que estaba presenciando, que el hábitat terrestre era un sueño o un ensueño y que todo el mundo y toda la vida estribaba en una retícula de canales como los que veía. Carvalho recordaba haberlo recorrido en una canoa de la policía veinte años atrás, y el recuerdo del inspector Charoen se le impuso como una necesidad para recuperar totalmente aquel Bangkok en el que buscaba algo menos confuso que dar un paso más en la vuelta al mundo. Charoen, *madame La Fleur*, *Jungle Kid*, en el inicio de la década que terminaba el sentido adquirido por el siglo XX desde el inicio de la guerra fría, al día siguiente de la Revolución de Octubre. Charoen como policía, y *madame La Fleur* y *Jungle Kid* como criminales pertenecían a la lógica de aquellos tiempos y debían de tener sus herederos modernizados, por más que la situación en Tailandia no hubiera cambiado y los envejecidos y guapos reyes policromados al cabo de cincuenta años de reinado siguieran adornando el poder de los generales y de los traficantes de piedras preciosas, estupefacientes o carne humana.

—¿Qué más se puede comprar en Bangkok?

—Ya lo has visto casi todo: artesanía, rubíes, zafiros, especialmente zafiros, no hay quien visite Bangkok sin que se lleve un zafiro, putos, putas, heroína, cocaína, opio y sedas. Te faltan las sedas; son excelentes y baratas. Luego nos

acercaremos al Gran Mercado porque supera a todos los grandes mercados que hayas visto, incluso a los de la India.

Cuando terminaron el recorrido de los canales inevitables, más alguna que otra derivación para que Biscuter comprendiera la complejidad del dédalo acuífero cuando casi se estanca y asume putrefacciones, Carvalho dijo que quería acercarse a la central de policía para localizar a un antiguo conocido, y Biscuter no tuvo reparos en acompañarlo. Nada sabía el guardia de la puerta sobre el inspector Charoen, «Uthain Charoen», precisó Carvalho, que incluso le escribió el nombre por si una incorrecta pronunciación desorientaba al agente. Hasta dos funcionarios importantes en dos pisos diferentes no supieron identificar ni localizar a Charoen, pero finalmente, casi al más alto nivel, al menos de edificio, Charoen existía a todos los efectos, aunque no en muy buenas condiciones.

—Está en la residencia geriátrica de oficiales, no por la edad, sino por un accidente. Un balazo en la espalda y quedó casi parálítico.

Tomó nota de la ubicación de la residencia en el extremo del oeste de la ciudad, y aunque no había tomado todavía una decisión, Biscuter le solucionó la vacilación, porque llamó a un taxi y una vez dentro quedó a la espera de que Carvalho enseñara al conductor el papel donde había escrito las señas. Carvalho quería y no quería ir, de la misma manera que cumplía la visita a Tailandia como una obligación de su memoria comparada con la realidad. Por otra parte, era una de las horas punta y la circulación se convertía en un intento de suicidio colectivo en el que participaban todos los conductores capaces de circular por cuatro vías en calles que apenas admitían dos, según un ritmo roto por las regulares paradas ante los semáforos donde enjambres de niños y adolescentes limpiaparabrisas se disputaban a codazos y puñetazos el simple derecho de poner una esponja a la consideración del conductor. Esponjas y diarios, y si el semáforo era importante, bisutería, artesanías

diversas, ofertas de sexo y piedras preciosas para que, de pronto, al cambio de luz desaparecieran los comparsas y los conductores prosiguieran con su vocación de autochoques.

—Yo no miro —dijo Biscuter con una mano sobre los ojos.

—El espectáculo exige mirar. Al contrario de lo que puedas pensar, casi nunca chocan.

Fue fácil el camino hacia Charoen en la residencia donde el orden militarizado no evitaba los descuidos de algunos orinales, como pasando revista por los pasillos a la espera de ser liberados de su carga. Vagaban por su cosmos enfermos alælados y viajeros incontrolados en sus sillas de ruedas como si fueran cosmonautas sin órbitas comprobadas, y tras un largo y ancho corredor donde desembocaban, se establecían, se perdían, docenas de enfermos, la escalera descendía hacia un pequeño parque donde asilados solitarios parecían haberse refugiado para recuperar cierto grado de mismidad. El enfermero les señaló a un hombre en silla de ruedas a la sombra de un ombú gigantesco y florido, y cuando Carvalho le preguntó mediante gestos si estaba en condiciones de oír y hablar, se echó a reír y también mediante gestos les advirtió de que el ex inspector Charoen no paraba de hablar. A medida que se acercaban pudieron comprobar que los labios de Charoen estaban en continuo movimiento, pero la cercanía y la inmediatez no les permitieron captar sonido alguno. Sólo el cerebro de Charoen hablaba, y los labios se limitaban a insinuar el sonido sin cumplirlo. Cuando Carvalho se puso ante él, el policía lo contempló desconcertado durante un tiempo, aunque algo lo avisaba de un reencuentro.

—Soy Carvalho, aquel detective privado español que estuvo por aquí hace veinte años buscando a una tal Teresa Marsé y a su novio, Archit, Archit se llamaba.

Tras un segundo de revisar sus archivos mentales, Charoen dijo que sí varias veces, convirtió el asentimiento en

saludo y tendió sus manos hacia Carvalho para que fueran estrechadas con una cordialidad que tampoco traslucía exactamente la relación que habían mantenido veinte años atrás.

—Archit, Archit. Creo que murió. ¿Ella también?

—No.

—Las mujeres nos sobreviven.

—Eran tiempos de *madame* La Fleur y de Jungle Kid, ¿recuerda?

—Jungle Kid murió, pero *madame* La Fleur está retirada e inválida, pero viva. Las mujeres nos sobreviven.

Carvalho le transmitió el empeño de dar la vuelta al mundo.

—¿De qué se despide usted?

Nada había dicho de despedida, pero Charoen había acertado en el sentido de su viaje.

—De todo y de nada.

—Así es. El todo no existe; la nada tampoco.

Cuando no debía responder a pregunta alguna, Charoen recuperaba la condición de parálítico reflexivo y pensante, con los labios insinuantes de todo cuanto pasaba por su cerebro.

—¿Por aquí todo está igual?

—Todo está igual —afirmó muy convencido—. Todo está muy diferente.

—La droga sigue siendo un problema.

—Porque es un negocio y una necesidad. ¿Lo ve usted? La droga es necesaria, y perseguir la droga también es necesario. ¿No es acaso la relación esencial entre el bien y el mal?

—¿Aplica ese principio a todo?

—A todo. Para que Tailandia funcione necesita que manden generales corruptos, porque los generales corruptos no crean problemas.

—O sea, que vuelven a aparecer nuevos gánsters como Jungle Kid o *madame* La Fleur.

—No. Ha cambiado el estilo. Generalmente no hay grandes individualidades. Ahora el gangsterismo lo dirigen equipos no personalizables y se organiza como un poder capaz de pactar con el poder oficial corrupto. Sería mucho peor el descontrol, o al menos la apariencia de descontrol, como en mis tiempos. Me pegaron un balazo en la espina dorsal pero tuve suerte. No me quedé parapléjico total, como ese actor norteamericano que hacía de Superman. A veces, cuando dan una película suya en la tele me reconforto. Él es norteamericano, pero está más invalido que yo.

A Carvalho se le habían acabado las preguntas y Charoen recuperó su pensamiento y su silencioso lenguaje. Biscuter, en cambio, se sentía en deuda con la evidente pulsión de respuesta que había demostrado el inválido.

—Jefe, pregúntele algo más.

—No sé qué preguntarle. No lo conocía demasiado.

—La vida. No sé, la familia, el futuro.

Carvalho trató de trabar una pregunta lógica y finalmente dijo:

—Es usted un hombre muy fuerte. Admiro la entereza con la que afronta su estado. Sólo un hombre muy fuerte puede superarlo.

Charoen dejó de pensar y de hablar. Miraba a Carvalho estupefacto y parecía no encontrar las palabras adecuadas, pero las encontró:

—¿A qué estado se refiere? Estoy jubilado al más alto nivel. Soy viudo, tengo una buena paga con la que ayudo a mi nieto a estudiar medicina y a prepararse para irse algún día a un país serio. Pero ¿ve usted? Lo que parece una solución es un problema. ¿Dónde hay un país serio? ¿Qué es un país serio?

No era posible ver a la reina Sirikit, ni a su marido, desde hacía casi cincuenta años *sex symbols* de las monarquías asiáticas, por lo que evitaron la visita al Palacio Real y al

adosado templo o Wat Phra Keo, conjunto adivinado más allá del largo muro que marcaba su perímetro. En cambio, Carvalho quiso que Biscuter viviera y superara la prueba del Gran Mercado Fin de Semana —aventajado en variedad a cuanto habían visto hasta entonces—, donde cabía desde una moldura a una pantera, desde un cangrejillo a un elefante y flores y sedas y tapices y muebles y peces o serpientes disecados, mangostas en sus jaulas y cobras en sus pozos enrejados, juguetes para niños y puñales para bandidos, uniformes de todas las guerras pasadas y futuras y ropa interior de segunda piel, unguento de serpiente para reumáticos y pomada de insectos para penes desganados, botellería de *ñac ñac* sumando sus salazones pestilentes a, diríase, un bosque kilométrico de manojos de cilantro que conseguía imponer sus aromas a miles y miles de flores, e hibiscus, incluso a las especias más agresivas, el jengibre o el clavo, a la defensiva, como la tímida soja, en tinajas de barro oscurecidos, hasta veinte variedades de camarones entre la exquisitez y la descomposición, patos lacados o simplemente embalsamados, huevos podridos y cojones de búfalo, madrigueras de vaca y cabezas de cordero, tornillos, enchufes, zapatos, trajes de baño, carros de cocina rodeados de comensales dispuestos siempre a comer arroz hervido y camarones con brotes de soja de cuencos que se acercaban hasta la nariz mientras con la otra mano conseguían que los palillos acarreasen comida hasta la punta misma de la lengua. Nunca había visto Carvalho comprar y comer con tanta ansiedad y dedicación como en las calles de Tailandia, y alguna vez se había sentido contagiado y había participado de un festín sabroso y barato, desoyendo el consejo de todas las guías y el reparo en los ojos de los viajeros pasteurizados.

—Jefe, aquí no se pasteuriza ni la leche.

—Por más que visites este mercado, siempre encontrarás un producto nuevo. Hay quien dice que se venden, aunque no se ven, hasta misiles inteligentes.